

CRISTIANDAD



57 RAZON DE ESTE NUMERO

Dedicamos este número, aunque nos desviemos momentáneamente de nuestro plan general, a un tema de gran actualidad. Se trata de las Iglesias Orientales. El cisma, la separación en dos ramas de la Iglesia Católica, ha continuado hasta nuestros días a pesar de los continuos esfuerzos de los Romanos Pontífices. Y ahora suscítase la persecución más tremenda y más enconada de los verdaderos católicos por parte de los continuadores de aquellos antiguos cismáticos. La iglesia ortodoxa rusa, heredera de la de Bizancio y que quiere asumir ahora el papel de Iglesia universal con una sede central en Moscú, ha recibido últimamente la protección del Estado bolchevique y con una sumisión que llega al servilismo, después de alabar todo lo que alaban los soviets viene a condenar todo lo que ellos condenan.

Esto ha puesto en peligro inminente a ciertos núcleos católicos del Oriente, que en los actuales momentos de euforia de sus enemigos por su triunfo militar corren el riesgo de desaparecer absorbidos por la turbulenta marejada anticristiana.

A este respecto las agencias continuamente nos transmiten noticias nada tranquilizadoras. Es pues de sobrada importancia y de enorme interés ocuparse de esta cuestión, a la cual CRISTIANDAD dedica el presente número.

El **Editorial** lleva por título: **Los Católicos Orientales.**

Siguen a continuación los artículos:

La Iglesia Rutena Católica, por el P. León de Lopetegui (págs. 286 a 288); **¿Cuál puede ser hoy la dificultad más grande para la unión?**, por el P. Manuel Candal, S. J. (págs. 289 a 292); **Actuación en España a favor de la Iglesia Oriental**, por el P. Santiago Morillo, S. J. (págs. 293 y 294); **La Iglesia Ortodoxa, instrumento del Soviet**, por Rafael Miralles (págs. 295 a 297); **La gloriosa espada de San Ignacio de Loyola**, por el P. Juan Creixell, S. J. (págs. 298 a 300).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday.



COLONIA

Gualda

AHUYENTA LOS MOSQUITOS

**UNA SOLA FRICCION EXTERMINA
EN EL ACTO
TODA CLASE DE PARASITOS**

RESERVADO

NUMERO

5.344

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCION:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 ..

Número ordinario: 2'50 ptas.

ORIENTE

ORGANO BIMESTRAL DE LA OBRA MISIONAL DEL ORIENTE CRISTIANO

Suscripción ordinaria 5 Ptas. al año

.. de bienhechor . 10

Apartado 32

GRANADA

CRISTIANDAD

NÚMERO 57 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Dirección, 392, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446
BARCELONA

1 Agosto de 1946

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 28676
MADRID

LOS CATÓLICOS ORIENTALES

Tiempo ha que ansiábamos dedicar algún número de nuestra revista al estudio de este tema. Su actualidad es sobradamente manifiesta. La doble acción que se desarrolla por parte de los elementos soviéticos, por un lado protegiendo a la llamada Iglesia "ortodoxa" y por el otro persiguiendo con saña a aquellas otras creencias que no son de su agrado, y concretamente a la Iglesia católica, hacen que un día tras otro nos hayamos tenido que hacer eco de las persecuciones y dificultades en que esa actitud ha venido a transformarse para aquélla.

Con su incommovible unidad, dentro de su perfecta y posible variedad circunstancial, la Iglesia encierra en su seno grupos dispares que por razones puramente de tipo histórico en relación con las influencias locales, se han ido formando a través de los tiempos.

Esa disparidad, lejos de mermar su unidad, no hace sino reforzarla, pues siendo diferentes las mentalidades y costumbres de unos y otros, con sabia prudencia de buena Madre, la Iglesia ha respetado todo aquello que no afecta a lo esencial, a cambio de facilitar así la más perfecta identidad de todos con ella, dentro de su ritualismo.

No hace al caso estudiar a través de la historia la formación de los diversos grupos que constituyen las llamadas Iglesias orientales. Bástenos saber por el momento, a nuestro objeto, que como tales existen, y dediquemos este estudio a mostrar aspectos interesantes a nuestro fin de las mismas, a saber: las luchas y dificultades para mantener la unión. Desvelo constante de los Papas, producto de aquel evangélico deseo de la vuelta de la oveja descarriada al redil, tras del triunfo que representó la sumisión de la llamada Iglesia Rutena a la obediencia de Roma, en reiteradas cartas, encíclicas y alocuciones, entre las que descuella la "Orientales Omnes" del actual Pontífice Pío XII, precisamente dada con motivo del aniversario de aquella otra de Clemente VIII sobre el mismo tema, 350 años antes, la "Magnus Dominus", han ido lanzando su voz paternal de llamada, por desgracia en muchos casos muy mal oída por los hijos en extravío.

Sin salirnos de nuestro plan básico para el presente año de profundizar en el estudio del reinado del gran Papa Pío IX, y en relación con él, de toda la convulsión trascendental producida en su tiempo, hacemos esta pequeña digresión a fin de unir modestamente nuestra voz a la de aquellos que claman y piden por esas Iglesias perseguidas, que en el trance de hacerlas apostatar de su fidelidad a Roma, pasan por difíciles momentos.

A ese objeto responden la exposición sucinta de la formación de esos grupos católicos y las fases por que han atravesado sus relaciones con Roma, con especial indicación de las razones de diversa índole que hacen costoso el anhelado retorno de los restantes grupos disidentes.

Como contraste, también exponemos las realidades de esa pretendida libertad religiosa que se dice disfruta la Iglesia, mejor dicho, cierta Iglesia, en Rusia.



La Iglesia Rutena Católica

UNION A ROMA - VICISITUDES - TRAGICA SITUACION ACTUAL

Encíclica «Orientales omnes» de 23 de Diciembre de 1945

Los acontecimientos más recientes de la Europa Oriental han despertado la atención de los católicos hacia su situación religiosa, que les era tan extraña y desconocida como podía serlo la de China. La frecuencia con que periódicos, revistas y libros han debido mencionar sus particularidades ha tenido saludable influencia sobre no pocos, que se han sentido movidos a revisar y a concretar sus conceptos sobre aquellos países.

La división inicial

¡Cuántas veces en el curso de la historia revisten transcendental importancia hechos al parecer de poca importancia, pero que fijan una dirección! Los primeros contactos cristianos los tuvo la Rusia de Kiev con Constantinopla, y no con Roma en los siglos X-XI, es decir, en los tiempos de acentuada decadencia romana y pontificia; y antes de que pudiera conocer a otras Iglesias cristianas ni entablar relaciones con el Occidente, se vió envuelta en el cisma bizantino, sin ninguno de esos hechos exteriores, que denuncian un suceso histórico. No hizo sino seguir a sus guías griegos y comenzar a odiar a los latinos sin conocerlos, como tampoco los ha conocido nunca en lo sucesivo.

Entre Roma y Constantinopla. El Patriarcado de Moscú

Sin Moscú, la ortodoxia hubiera presentado desde el siglo XV el aspecto de esas raquíticas Iglesias Orientales, cuyos restos momificados siguen aún comunicando variedad al mosaico religioso levantino: monofisitas coptos o etíopes, armenios, antioquenos y caldeos, cuyo influjo es nulo fuera de algunas regiones de la cuenca del Nilo.

El precio inmediato fué el reconocimiento de la sede metropolitana de Moscú como independiente, a raíz de la caída de Constantinopla. El metropolitano fué declarado pastor supremo de toda Rusia. No es aún el patriarcado, sino su preparación. La absoluta debilidad bizantina desde aquel fatídico 1453, no podía pensar en prolongar su supremacía de hecho, y se aseguraba la fidelidad de Moscú con esa concesión, no demasiado excesiva al fin y al cabo, según los criterios jerárquicos del cisma.

En efecto, por más que los Grandes Duques moscovitas odiaran a Roma y creyeran asegurar su poder político religioso mucho más en las salas del Fanar que en las del Vaticano, no dejaron de sondear el ánimo de Roma, y examinar proyectos de unión. El metropolitano de Moscú, Isidoro, griego de nación, firmó la unión de Florencia, 1439, e intentó atraer hacia ella al Gran Duque Wasili Wassilievich. Este, prevenido por su clero rabiosamente cismático, deshizo sus proyectos, le privó de su sede y le redujo a prisión. Refugiado en Roma continuó trabajando por la unión, como Cardenal de la Iglesia Romana.

Iván III e Iván IV, no dejaron tampoco de maniobrar hacia Roma sin excesiva sinceridad. En 1472 se casó Iván III con la princesa griega Zoe, refugiada en Roma y educada católicamente por el Cardenal Besarión. En cuanto pisó tierra moscovita, Zoe se olvidó de sus promesas de favorecer la unión y apareció ferviente bizantina.

Iván IV manifestó a Julio III, en 1551, algunos vagos

intentos de unión, deseando conocer sus condiciones. El Papa se las propuso. Resultado nulo. Años más tarde trató, el mismo Iván, ya honrado con el título de Zar, de obtener una paz ventajosa o una tregua con Esteban Bathory, rey de Polonia, que le había derrotado, acudiendo a la influencia romana y agitando algunos vagos proyectos unionistas. Consiguió sus fines, y recibió al enviado papal, Antonio Possevino S. I., pero en lo demás se mostró tan poco cumplidor de su palabra, tan cuidadoso de mantener a su pueblo sin relación con el Occidente, y tan avieso en artes diplomáticas, como la mayoría de los Zares o los actuales amos bolcheviques.

A su muerte y en tiempo de Boris Godunov, se fundó el patriarcado de Moscú (1589), con absoluta independencia de Constantinopla para su régimen interno, salvando una sumisión honorífica y arbitral en algunos casos.

Los rutenos

Los rutenos, llamados también pequeños rusos, ucranios, etc., son designados así preferentemente por la lengua usada en la liturgia, y ha venido a ser el apelativo de los pertenecientes a ese rito litúrgico. Ordinariamente se reconocen con este nombre los unidos a Roma, tal vez por formar un cuerpo de características especiales y de marcada autonomía religiosa, frente a los ucranios dependientes de Moscú y sometidos a prolongados intentos rusificadores.

Durante los siglos XV-XVI grandes regiones rutenas quedaron incorporadas al reino polaco, que con la unión de la enorme Lituania de entonces, se convirtió durante algún tiempo en el Estado más importante del Oriente europeo. Toda la región de Kiev, Smolensk, y casi toda la zona del Dniéper quedaron enclavadas en sus dominios. El debilitamiento general eslavo con las invasiones mongólicas animó a los polacos a ocupar toda la zona entre el Báltico y el Mar Negro. Los turcos por el sur, los rusos al oriente y los pueblos germánicos por el norte y el oeste, cortaron sus vuelos y prepararon los futuros repartos austro-ruso-prusianos.

Una de las consecuencias religiosas de esta expansión primera de Polonia fué la unión de los Rutenos a la Iglesia Romana, que ni fué fácil ni rápida. Los rutenos mantuvieron más de un siglo el cisma, a pesar de la unión de Florencia de 1439, que sólo logró durar pocos decenios entre ellos.

Durante el siglo XVI se repitieron los intentos, que no pudieron ser muy intensos por el grave aprieto pasado por el catolicismo polaco en frente de la pseudorreforma.

Varios personajes trabajaron activamente en ese acercamiento, como los Nuncios Apostólicos, Alberto Bolognetty y Germánico Malaspina. Junto a ellos se distinguió de un modo extraordinario el Obispo latino de Lusck, Bernardo Maciejowski, que supo aprovecharse oportunamente de las circunstancias, y rodearse de personas capaces de ayudarle en la empresa, entre las que descuella el P. Pedro Skarga S. I., orador, teólogo y escritor de inmenso prestigio en la Polonia del siglo XVI, que trabajó incansablemente en preparar el acercamiento, viéndolo por fin coronado del éxito en el sínodo de Brest-Litowsk. El P. Antonio Pos-

sevino, contribuyó por su parte de varios modos al mismo resultado (1).

La unión

En 1595 partieron para Roma los Obispos rutenos Cirilo Terletskyj de Lusk, e Hipacio Pocij, de Wladimir Volynsk, ganados ambos para la unión por Maciejowski.

Fué un acierto el inmediato envío de los dos Obispos delegados a Roma, a pesar de las vacilaciones oportunistas que se atravesaron. Los dos nombrados se mantuvieron firmes y constantes y pudieron negociar durante un mes con Roma, mientras conocían mejor a la Iglesia Católica.

Satisfecho Clemente VIII de las disposiciones de Iglesia rutena, fijó el 23 de diciembre de 1595 para la ceremonia de la unión, que tuvo lugar en el Vaticano con toda la solemnidad y regocijo que pedía el acontecimiento.

Se leyeron en latín y ruteno los documentos de los Obispos rutenos, encabezados por el metropolitano de Kiev, Miguel Ragoza, expresando el deseo de la unión y dando poderes para las negociaciones, a condición de conservar la liturgia rutena.

Respondió Clemente VIII acogiendo benévolamente las peticiones, y se procedió a la lectura y firma por los dos Obispos rutenos de la fórmula de fe para los griegos, ordenada por Gregorio XIII. Se levantaron censuras y se concedieron diversas facultades. Se publicó por fin la bula: "Magnus Dominus", con la fecha de aquel día memorable, 23 de diciembre de 1595.

Insidias rusas. Persecuciones

Y comienza una situación anómala. Entre la Iglesia Católica latina, dominante en la Polonia propia, y la Rutena unida (Volinia, Podolia y la Ucrania propia) quedan enclavadas dos diócesis rutenas no unidas, Lwow y Przemysl. Los católicos procuran completar la unión mediante la adhesión de esas dos diócesis, y de los fuertes núcleos cismáticos que en la parte oriental tardan en reconocer la unión. Lo primero se consigue al cabo de un siglo. (Lwow en 1700, Przemysl en 1691).

Lo segundo se ve obstaculizado por la intromisión rusa, llevada militarmente de un modo feroz durante la guerra de los Cosacos (1646-1656) y otras épocas, que fueron arrebatando a Polonia, Kiev, Smolensk, y otra serie de ciudades y regiones, en las que se ahogó toda pretensión unionista de modo semejante a como ahora lo hacen los comunistas aliados a la ortodoxia. A pesar de todo, las fronteras polacas englobaban un enorme Estado hasta 1772 en que su debilidad interna y las maquinaciones interesadas de sus vecinos provocaron el comienzo de los conocidos repartos. La Iglesia uniata se había vigorizado extraordinariamente para aquella época y excitado más con ello la furia moscovita, que imposibilitó desde el principio toda comunicación con Roma, y toda formación del clero, obligando a una forzosa separación.

Entre 1795 y 1839 se corrieron las principales etapas de esa unificación, no dejando subsistir más que la diócesis uniata de Chelm, suprimida a su vez en 1875. Todos los católicos de rito griego fueron forzados a someterse a la religión del Estado. Los sacerdotes que no la aceptaron, fueron desterrados, y los varios millones de rutenos católicos que había en 1772-1795 en la parte polaca incorporada a Rusia, fueron sumergiéndose de nuevo en el cisma.

La unión se salvó únicamente en los territorios que quedaron bajo la soberanía austríaca, cambiada en 1918

(1) Tratamos más extensamente este asunto en los artículos que escribimos en *El Siglo de las Misiones*, Enero 1944, pp. 14-19, bajo el título de: «Los Rutenos, católicos de rito bizantino», y en *Hechos y Dichos*, Marzo de 1946 pp. 133-141: «Una fecha memorable y una Encíclica. El CCCL aniversario de la unión de los Rutenos a Roma.»

por la de los nuevos Estados polaco y checo. Su número ascendía, en 1938, a 3.602.273, en Polonia, y a 556.734, en Checoslovaquia, a más de fundar florecientes diócesis en el Canadá y en los Estados Unidos. La vida religiosa, la formación del clero, la ciencia eclesiástica, etc., iban mejorando notablemente con la imitación de sus modelos latinos. Y cuando parecía que nos hallábamos en una situación asegurada y definitiva, vuelven a plantearse la crisis y la persecución en forma más violenta y desastrosa que nunca.

La Rusia moderna y los Rutenos

Nunca ocultó la Rusia imperialista, que siempre ha conocido la historia, su aspiración a agrupar bajo su dirección a todos los eslavos, a los que se procuraría al mismo tiempo introducir en la ortodoxia de grado o por fuerza. Al invadir, en 1914, la Galitzia austríaca, les faltó tiempo a los representantes de la ortodoxia y del Zar para implantar los organismos oficiales encargados de hacer triunfar el cisma, dirigidos por el fogoso Eulogio Georgiewsky, arzobispo de Volinia y Jitomir en la frontera ucraniana, que logró adelantarse en el favor imperial a Antonio Krapovitsky, arzobispo de Charcow, y luego Metropolitano de Kiev, que ambicionaba el mismo destino. Ambos fueron más tarde famosos como los jefes más caracterizados de los ortodoxos rusos emigrados a raíz del triunfo comunista, mutuamente opuestos en multitud de ocasiones, Eulogio desde su sede de París y Antonio desde Karlovtsi, en Yugoslavia.

A pesar de no tratarse de ningún país anexionado, los rusos procedieron como dueños absolutos los pocos meses que dominaron en Lwow y su comarca. Su mentalidad y sus procedimientos quedaron pronto al leescubierto.

La revolución bolchevique y los conflictos internos que ocasionó al cisma, no les permitieron muchos ocios para molestar a los rutenos, fuera de algunas campañas de prensa entre los emigrados, y algunos intentos perturbadores en la Rutenia Subcarpática checa, al mismo tiempo que la Iglesia Católica intensificaba el movimiento unionista, altamente prometedor durante algunos años.

Situación actual en Rutenia

Por un cúmulo de contrasentidos y absurdos de la política europea de los últimos años, la Rutenia, tanto la checa como la polaca, ha sido simplemente incorporada a la U. R. S. S., que con el nombre de Ucrania Occidental, las ha adjudicado a la república ucraniana.

Ese desventurado territorio, invadido por los rusos en 1939, sonquistado por los alemanes a viva fuerza en 1941, reconquistado por los rusos en 1943-1944, con brutales ocupaciones militares en ambas ocasiones, deportaciones de población y las más deplorables consecuencias de tan tremendos sucesos, se ve ahora sometido a un bárbaro proceso de unificación, uno de cuyos factores fundamentales es la vuelta al cisma y el desarraigo completo de toda idea romana y católica.

Los precedimientos ensayados en 1914 vuelven a ser utilizados después de una modernización "científica", según las experiencias de la técnica rusa anticatólica y atea. Se persigue así un doble objetivo: la introducción del comunismo integral por una parte, y la rusificación total por medio del cisma ortodoxo, de otra.

Al acercarse las tropas rusas a las fronteras polacas, Radio Moscú repetía a los uniatos: "Permaneced firmes. Nosotros estamos llegando para devolveros vuestra patria y la fe de vuestros mayores". Y de hecho los agentes de Moscú no tardaron en restaurar la política seguida por los Zares. Una circunstancia les favoreció en particular. Mons. Andrés Scheptizky, Metropolitano de Galitzia desde hacía 43 años, que había llegado a ser el alma de todo su pueblo por su fuerte personalidad religiosa y nacional, en medio de

PLURA UT UNUM

los años alborotados que había vivido, pues perteneció a ocho nacionalidades en menos de 30 años, murió en Lwow el 1 de noviembre de 1944.

Los Soviets trataron habilísimamente de sacar partido de sus exequias más que triunfales. Una considerable delegación de sacerdotes ortodoxos llegó de Rusia, y proclamaron a porfía que ya no podía haber una frontera entre Lwow y Moscú. Antes de morir, Mons. Scheptizky había designado para sucederle a Mons. José Slipy. En estas circunstancias el metropolitano recibía una sucesión excepcionalmente difícil. Pronto fué deportado por los Soviets juntamente con los otros seis obispos residentes en Galitzia y un buen número de sacerdotes. Tales deportaciones han ido luego aumentando, con la tendencia bien manifiesta de privar del todo de su clero a los que quieren mantenerse fieles a la Iglesia. El obispo de Stanislav murió a raíz de su detención.

En todas estas situaciones ha hecho siempre falta un ambicioso dispuesto a sacrificarlo todo a su encumbramiento, y así los Soviets han encontrado a Gabriel Kostelnik, conocido por algunos artículos escrito en tiempos anteriores, quien aprendió en Moscú los fines a que se le destinaba y la técnica de su actuación. Con otros pocos ganados para sus ideas, este sacerdote apóstata fundó el "Comité de iniciativa para el paso de los católicos a la ortodoxia", que el 28 de mayo de 1945 dió parte de su constitución a las autoridades soviéticas, que contestaron con su inmediata aprobación, al mismo tiempo que les encargaba una infame operación policiaca: "A medida que se hace el censo de los arciprestazgos, parroquias y conventos greco-católicos, el Comité de iniciativa debe enviar al encargado de los negocios de la Iglesia Ortodoxa ante los comisarios del pueblo de la U. R. R. S., la lista de los arciprestes, párrocos y superiores de conventos, que rehusen someterse al Comité de iniciativa para el paso de la Iglesia greco-católica a la Iglesia Ortodoxa".

La inmensa mayoría de los sacerdotes cuestionados han respondido debidamente, como aquellos ocho ancianos que quedaron en Lwow y escribieron a Molótov una carta publicada en "La Croix", del 1.º de julio de 1945, en que decían: "Nuestra actitud con respecto a la acción emprendida por Kostelnik es absolutamente negativa. Condenamos su actividad como dañosa, como absolutamente opuesta a la tradición de la Iglesia, y contraria a la verdad proclamada por Cristo. No habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor".

El Metropolitano murió cerca de Kiev, donde había sido deportado, del mismo modo que han ido muriendo otros va-

rios sacerdotes y seglares cultos y prestigiosos. A pesar de todo con el favor oficial y con toda clase de atractivos, Kostelnik no pudo agrupar sino a 42 de los 2.700 sacerdotes rutenos.

La encíclica papal: «Orientales omnes» (23 XII-1945)

Toda esta deplorable situación reclamaba una enérgica intervención vaticana, tanto para el consuelo de aquellos perseguidos católicos, como para poner algún freno a la barbarie moscovita con la publicación por el Mundo de sus procedimientos en plena Europa.

No que la Santa Sede se liaga ilusiones acerca de una posible buena voluntad rusa; pero conoce también lo que teme Rusia las exposiciones claras, serenas y objetivas de este tipo, no menos que su favorable acción sobre todo el mundo católico, y aun casi podría decirse, cristiano.

Una feliz recurrencia le facilitó la tarea. El 23 de diciembre pasado se cumplían los 350 años de la encíclica de Clemente VIII: *Magnus Dominus*, y su conmemoración se prestaba a un utilísimo comentario de la historia de la unión.

La encíclica recuerda primero la historia de la unión con acopio de datos y pruebas; examina a continuación sus vicisitudes bajo los regímenes polaco, ruso y austriaco, con la misma objetividad histórica. En la segunda parte expone los beneficios derivados de la unión al pueblo ruteno, tanto en el orden religioso, como en el del rito, en el orden cultural, en la expansión por América, etc. Así aparece más de relieve la iniquidad y la tragedia presente, de las que presenta diversas pruebas en su parte tercera. El recuerdo de los mártires de la unión, desde San Josafat hasta los innumerables de nuestros días, comunica nuevos alientos a la parte final, que se cierra con paternales exhortaciones a la confianza en Dios y en las promesas de Cristo.

La situación, hay que confesarlo, es sencillamente trágica para la unión rutena, la más fuerte y organizada de todas las conseguidas hasta ahora por Roma. Si las circunstancias actuales se prolongan varios decenios, la Iglesia Rutena europea habrá quedado sepultada casi por completo en el abismo cismático de Rusia. De ahí la importancia dada por el Papa a cuanto contribuya a vigorizarla por medio de la oración de los católicos de todo el Mundo, y el influjo de todos sus hijos, grande o pequeño, en favor de la siempre perseguida y hasta ahora perseverante unión de los rutenos a la Iglesia Católica.

León Lopetegui, S. I.

Director de «El Siglo de las Misiones»

LEON XIII - «Tal vez no exista argumento más admirable para ilustrar la nota de la catolicidad en la Iglesia de Dios, como el florido ramillete de ceremonias y lenguas tan diversas del Oriente.»

¿Cuál puede ser hoy la dificultad más grande para la unión?

No se puede negar que el problema de la Unión de las Iglesias Orientales con Roma, es por demás complejo. Sin duda, que al consumarse el Cisma a la mitad del siglo XI, el ambiente estaba ya muy cargado de mucho tiempo atrás, tan lleno de incomprensión mutua entre Roma y Bizancio y de ambición inmoderada por parte de esta última, que de poco ha servido hasta la fecha cualquier intento de colmar el abismo. Se han dado reconciliaciones esporádicas y parciales, aun de pueblos enteros, como los Rutenos, Melquitas y Malancareses; pero han fallado las grandes y universales tentativas de unión hasta resultar poco menos que estéril el ímprobo trabajo de dos Concilios ecuménicos, el segundo de León y el Florentino que, a pesar de su aparato tan prometededor, no lograron hacer sino un ensayo bien efímero.

Nada extraño, por lo tanto, que los tratadistas de asuntos eclesiásticos orientales intenten abarcar esta cuestión, difícil e insegura, en todos sus aspectos. Y, sin embargo, vamos a hacerlo ahora bajo uno solo, pero que nos conduce a un tema de palpitante actualidad, cual es de la actitud de la nueva Iglesia Rusa frente del único Vicario de Cristo. Como pensamiento básico de estas líneas se podrían formular dos preguntas, preñadas de dolorosas experiencias por el pasado y de fatales incertidumbres para el porvenir. Primera: ¿El patriarcado de Moscú ha sido siempre en su origen y desarrollo un nuevo obstáculo para la Unión? Segunda: ¿Qué pensar del actual renovado patriarcado bajo los auspicios del creciente empuje de la Rusia soviética?

Mas preciso será proceder con alguna introducción y cierto orden.

* * *

Los pretendidos privilegios de Bizancio, los cuales para no chocar abiertamente con los Papas hallaban antes del Cisma —en teoría al menos— fácil acomodo; constituyeron después de la excisión del Oriente un punto de apoyo en la lucha perenne contra el Primado. Mas ¿de dónde traían su origen? ¿Será desacertado responder que, no en poca parte, de la organización misma en patriarcados de las Iglesias Orientales? ¿De qué manera?

La pentarquía

Porque es evidente que en ella ahondó sus raíces la célebre teoría pentárquica del gobierno eclesiástico, cuya idea fundamental consiste en atribuir de alguna manera a los cinco patriarcados (1) la suprema autoridad, disciplina y dogmática, de la Iglesia. Procedente esta teoría del reinado de Justiniano, se afianzó sobre todo en los siglos de las luchas iconoclastas, y llegó pujante (aunque con un cambio muy substancial de que hablaremos luego) hasta el primer cuarto del siglo XVIII, cuando fué abolido por Pedro I el Grande, de Rusia, el patriarcado moscovita. Desde entonces decae más y más, de tal suerte que aun los teólogos y canonistas contemporáneos la mencionan ya sólo como recuerdo histórico.

Dije que de alguna manera se atribuía a la pentarquía la

(1) De hecho hacia la mitad del siglo VI, Justiniano sancionó con la ley civil (Nov. 126 y 131) la organización de la jerarquía eclesiástica, ya existente, con cinco grandes Patriarcas: uno para Occidente, Roma, el primero de todos, al cual los otros quedan subordinados, y cuatro para el Imperio Oriental, con el orden específico (tan combatido siempre por Roma) de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

suprema autoridad de la Iglesia, porque dos fueron las corrientes de esta concepción, una admisible y católica durante seis siglos largos (algunos Santos orientales la sostuvieron), y otra viciosa y abiertamente cismática (ТН. SPÁCII, *Conceptus et doctrina de Ecclesia. Orient. Christ.* II 67-68). Esta última propugnó el origen divino de los cinco patriarcas, y con ello la jurisdicción igual de cada uno y su completa independencia mutua, aun respecto de la Sede Romana, cuya Primacía es sólo, por lo tanto, de honor.

¿No vislumbramos ya por lo dicho a grandes rasgos la formidable barrera que por siglos y siglos continuados se interpone entre los dos mundos cristianos, Oriental y Occidental? ¿Nos sorprenderá si ante ella se han estrellado los mayores esfuerzos de Roma para la Unión? Y ¿qué pensar de los intentos actuales, es decir, de la grandiosa Cruzada de nuestros tiempos a favor de nuestros hermanos separados? Ciertamente que la pentarquía ya no existe, pulverizada por los mismos cismáticos con la creación de varios otros patriarcados autocéfalos; pero existe siempre la Iglesia cismática, alimentada con la idea plurisecular de aversión a Roma, y en nuestros mismos días alza la cabeza un pueblo potente que, en este punto, se presenta como el mantenedor de toda la tradición bizantina.

Preparando el Patriarcado de Moscú

En este breve escrito no podemos estudiar todos los problemas interesantes que suscita, en el concepto oriental de la constitución jerárquica de la Iglesia, la aparición de un nuevo patriarcado. Con ello la noción de pentarquía o se disipaba o debía sufrir profundas modificaciones. Sin embargo es preciso examinar sus orígenes, porque nos enseñan la posición de hostilidad hacia la Iglesia Romana, que desde un principio regularon las negociaciones de su creación.

Ya en el Concilio ecuménico VIII el procónsul patricio Baanes había expresado la idea de muchos bizantinos de que el número de los patriarcados no podía aumentar. Más aún, el mismo canonista Teodoro Balsamón opinaba más tarde que si uno de los cinco caía en herejía, toda la autoridad de la Iglesia se concentraba en los cuatro restantes. Era el caso de la defección de la fe católica por parte de Roma (!), que él con todo esperaba poderse un día rehabilitar (MANSI XVI 140-141; MG 138, 1019; JUGIE, IV 461 ss.). "Pero otros eran de aviso —dice Teófilo Spácil (*Orient. Christ.* II 68)— que bien se pudiese substituir cualquiera de los patriarcas, arrancando del cuerpo de la Iglesia. Y no eran pocos los que arrastraba esta corriente, principalmente en Rusia, donde se consideraba el patriarcado moscovita como sucesor del decaído de Roma". Con esto se insinúa cómo, no sólo la orientación del patriarcado de Moscú, sino su mismo origen se enfrentaba contra la Iglesia Católica y abría una sima más en el abismo del Cisma.

La Rusia, sin un poder central hasta casi la mitad del siglo XVI, se había gobernado en lo civil, independientemente en sus diversos estados, por Príncipes llamados "Grandes Duques": primero de Nowgorod y de Kiew, luego de Susdal y de Wladimir, y, finalmente, de Moscú. En lo religioso guardaba relaciones con el patriarcado de Constantinopla, del que dependía. La Sede principal de la jerarquía rusa era Kiew con un obispo metropolitano. Así en el Concilio Florentino Isidoro (por su conversión el futuro Cardenal Ruteno) se firmó "metropolitano de Kiew y de toda la Ru-

sia". Precisamente la designación de este candidato ruso para el obispado de Kiew, por parte del Emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, abrió la larga serie de disgustos entre Rusia y Bizancio, que dió por resultado un siglo más tarde la completa independencia de Moscú. Quería el Emperador ir preparando la Unión con Roma, escogiendo para las Sedes más conspicuas hombres de amplio criterio doctrinal y sano patriotismo. Sus buenos intentos, en parte políticos, culminaron en la firma del Decreto de sumisión al Papa, en Florencia, el 6 de julio de 1439. En cambio, Basilio III, Gran Duque de Moscú, veía en la unión con los latinos una apostasía de la fe verdadera, y se opuso por ende, aunque en vano, a la marcha de Isidoro con la flota pontificia rumbo a Italia, y obstaculizó y rechazó la Unión, ya hecha, cuando el mismo Isidoro, como Legado Cardenal del Papa, llegó a Moscú en 1441 a promulgar el Decreto Florentino (PIERLING, *La Russie et la Saint-Siège*, I, París 1906, p. 56 ss.).

Esta Unión Florentina hizo a los Rusos ir desestimando las cosas de Bizancio. Y al poco tiempo la pérdida del Imperio Romano de Oriente con la conquista de Constantinopla por los Turcos en 1453, como si fuese un castigo providencial del cielo, confirmó a la Rusia en su aversión por el Concilio de Florencia y, como se deja entender, sobre todo por Roma. Todos los escritores rusos del tiempo están acordes en protestar contra la obra de Isidoro de Kiew y magnificar, en cambio, la actitud de Marco Eugénico Efesino, el principal de los adversarios de la Unión presentes en el Concilio. La idea de la ira divina descargada sobre Bizancio por su unión con Roma prendía fuego de odio irreconciliable, alentada por las fatídicas exhortaciones del célebre Filoteo, monje del Convento de S. Eleazar, dirigidas a los príncipes Miguel Munkhin de Pskov, Basilio III e Iwan IV de Moscú (JUGIE, I 556; SCHAEFER, *Moskau das Dritte Rom*, Hamburgo 1929, p. 53, 59).

Moscú, la tercera Roma

Ni se contentó Filoteo con estériles lamentaciones y gritos de venganza, sino que lanzó una idea por demás tentadora: ¿por qué Moscú no podría reemplazar la segunda Roma caída también en defección como la primera? Ya se había insinuado la nueva teoría en la Crónica rusa de Simión de Susdal, cuando afirmaba que "el mal ha comenzado por el Emperador de Constantinopla, pero en Moscú la Rusia ha sido confirmada en la fe verdadera por el príncipe, amigo de Cristo, Basilio Basilewitch" (Schaefer, 22). Partiendo de aquí, Pacomio de Serbia, Vassían de Rostov, José de Volokolank y otros muchos (JUGIE, I, 555-556; SCHAEFER, 42-47) discurrían así en líneas generales. El Imperio había emigrado antes de Roma a Bizancio; luego por la íntima relación que había entre la suprema autoridad civil y eclesiástica, y como lo dieron a entender claramente el canon III del segundo Concilio Universal y el XXVIII de Calcedonia, Constantinopla tuvo que ser un tiempo la segunda Roma. Ahora bien; con la caída de Bizancio queda nuevamente el Imperio destruido. ¿Quién defenderá la Religión? Pero he aquí que hay todavía en la Cristiandad un pueblo grande, la Rusia, por una parte inmune de los errores latinos y por otra libre del yugo otomano. La Rusia será, pues, el Imperio dominador del mundo, y Moscú "la tercera Roma (a la que no sucederá una cuarta), la que con el tiempo llegará a ser la capital de todos los reinos cristianos, bajo la suprema potestad y protección de los Zares". "Los rusos —continuaba diciendo, en los días mismos del asedio de Constantinopla, el ruso Néstor Iskander— sucederán a los griegos y vengarán la fe verdadera". (PIERLING, I 105).

Creación del patriarcado moscovita

No eran sólo ideas abstractas las que guiaban el movimiento arrollador de la tercera Roma. En lo religioso, Rusia, después del Concilio de Florencia, ya no pide la ratificación del nombramiento de sus metropolitans al patriarca de Constantinopla, con lo que más y más decae el prestigio de éste. En lo político, para ir más fácilmente preparando el paso del Gran Ducado de Moscú al Imperio autocrático de toda la Rusia, Iwan III procura emparentar su familia con la dinastía bizantina de los Paleólogos (PIERLING, I 229-236). Y en las dos cuestiones, civil y religiosa, el resultado fué certero: el 16 de enero de 1547 (con un ceremonial hecho para el caso, que dejaba muy atrás el fausto de la Corte Bizantina) Iwan IV el Terrible, jovencísimo aún, se hace coronar por el metropolitano Macario emperador o Zar de toda la Rusia, perpetuando de este modo el Imperio cristiano de Constantinopla decaída; y el 23 de enero de 1589, por inapelable voluntad del Soberano, quedaba elegido y consagrado el nuevo Patriarca moscovita, completándose así en realidad lo que un tiempo pudo parecer a muchos, fuera de Rusia, una utopía: la tercera Roma.

Las vicisitudes de este hecho singular que tiene trama de novela, la humillación del patriarcado de Constantinopla que tuvo que plegarse al querer de un pueblo más fuerte, la resistencia tenaz, pero infructuosa, de los otros patriarcados orientales ante el hecho consumado; no son para relatar en esta rápida síntesis. Dos observaciones solamente se imponen a nuestro propósito: una es, que aún erigido este patriarcado de Moscú, que de hecho era el sexto, siguió todavía en el Oriente considerándose intacta la noción de pentarquía, mas excluyéndose por fuerza el primero de todos los patriarcados, el de la antigua Roma. La segunda observación parece un corolario de la primera, es decir, que el patriarcado moscovita así como se había opuesto a Roma en el brotar mismo de su existencia, así también siguió combatiendo la Iglesia latina hasta su supresión por Pedro el Grande de Rusia al comienzo del siglo XVIII.

Contra Roma

Para convencernos de ello bastaría leer con atención la última Encíclica de S. S. Pio XII "Orientales omnes", donde se da una vista de conjunto de las enormes dificultades que tuvo que ir superando la unión Rutena de Brest-Litovsk. Con todo, nada decimos aquí, porque no toda la guerra les vino entonces a los Rutenos por parte del patriarcado moscovita.

Hay, sin embargo, dos hechos bien salientes que reflejan el espíritu francamente cismático del nuevo patriarcado.

En 1620, se celebraba en Moscú, bajo el patriarca Filoteo Nikititch, el que se ha llamado siempre "Grande Sínodo de Rusia". En él se aprobó (¡cosa inaudita!) la reiteración del bautismo para los que de la Iglesia latina pasasen a la ortodoxa; más aún, habían de firmar en el acto de abjuración cuarenta y cuatro capítulos, muchos de ellos rebosantes de las más enojosas acusaciones y de las más crudas falsedades contra la Sede Romana. (Pueden consultarse las Actas de este Concilio, editadas por A. GRENKOV en 1864).

El segundo hecho, no menos característico, cierto que no puede atribuirse al patriarcado moscovita como tal, toda vez que había sido ya reemplazado por el Santo Sínodo, pero sí al espíritu anticatólico y antiromano, heredado por éste, y al que se atenia con escrupulosidad, a pesar del servilismo con que estaba sometido a los Zares, ya para entonces más abiertos al influjo exterior de otras naciones. Me refero a la actitud de la Iglesia rusa respecto del dogma

de la Inmaculada Concepción de María. Si alguna creencia sobre los privilegios de la Madre de Dios, puede decirse que fué general entre los teólogos de la Academia de Kiew, de la Rusia Blanca y de Moscú, durante tres siglos hasta todo el XVIII, es, sin duda, la de la exención de la Virgen de toda mancha de culpa, aun la original (M. GORDILLO, S. J., *Compendium Theol. Orient.*, Roma 1939, p. 139-142); y más que una creencia piadosa tenía el aire tal doctrina de un verdadero dogma de fe de la Iglesia Ortodoxa Rusa, heredada de la constante tradición bizantina (JUGIE, DTC, art. *Immaculée Conception*, 969-974).

Pero tenemos un cambio brusco en el siglo XIX. En primer lugar empiezan a guardar sospechoso silencio sobre la Inmaculada los grandes teólogos Filoteo Drozdov, Macario Bulgakov y Filoteo Gumilewski, mientras todo el orbe católico arde en deseos de la definición dogmática de Roma. Viene por fin ésta con la Bula "Ineffabilis Deus", del 8 de diciembre de 1854, emanada de la voz infalible del Vicario de Cristo, Pío IX; y pululan desde ese momento, como por encanto, numerosos escritores rusos que la impugnan encarnizadamente. Sólo alguno que otro teólogo independiente, como P. Svetlov, se expresa sobre este punto en términos moderados que, en el sentir suyo, quisieran ser conciliativos.

Y no se puede decir, como lo hacen los rusos disidentes de nuestros días, que la antigua creencia rusa en la Inmaculada era debida al influjo latino. "Esta explicación —escribe Jugie— es de todo punto insuficiente e inadecuada, sobre todo si se piensa en la hostilidad grande que reinaba entre los católicos y rusos disidentes en la segunda mitad del siglo XVI y en todo el siglo XVII. En realidad fueron los rusos más fieles que los griegos a la antigua tradición bizantina en este punto, como en otros muchos, porque hasta el siglo XVIII permanecieron más cerrados a todo influjo extranjero. Si el influjo latino se hizo sentir, fué a lo más en ciertas modalidades del culto mariano, que si fueron aceptadas era porque cuadraban perfectamente con la creencia tradicional".

No. La causa hay que buscarla en la innata repugnancia rusa por todo lo que sea usos y doctrina de la Iglesia de Roma. Mas esto por lo que hace al pasado, ¿cabrá esperar mejor suerte de acercamiento para el futuro, atendiendo al resurgir histórico, en la actualidad, de la Iglesia rusa?

Restauración del patriarcado de Moscú

Caida en la primavera de 1917 la dinastía Zarista de los Romanov, que desde Pedro el Grande gobernaba a su placer la Iglesia rusa por medio del Santo Sínodo, los partidarios de la antigua tradición lograron, a pesar de las dificultades de la revolución roja, restablecer el patriarcado moscovita en la persona de Tikone. No es mi intento describir —ni siquiera sumariamente— las vicisitudes de la nueva situación, que están íntimamente unidas con toda la historia del bolchevismo desde su aparición hasta los comienzos de la segunda guerra mundial. La actividad del patriarcado se concentró toda ella, por fuerza, en defender los intereses de la religión en Rusia, oponiendo tenaz resistencia en un principio al gobierno soviético y, después de sufrir mil vejámenes, acatándole por fin para salvar lo poco que restaba. Tuvo que luchar también contra las tendencias separatistas de las diversas Iglesias rusas deterradas en el extranjero (París y Karlovtsi en Yuyoslavia), y vió desmembrarse su autoridad con la aparición de bastardas organizaciones eclesiásticas que se arrogaban la dirección de los negocios.

Así las cosas, cuando la religión parecía definitivamente exterminada en Rusia, he aquí que en la primavera de 1943

se edita nada menos que en la tipografía del Estado un espléndido libro con el título de "La verdad sobre la religión en la U. R. S. S." En él vuelve a la escena la Iglesia rusa con su culto y con sus organizaciones. Medida altamente política del gobierno soviético que, en vista de la victoria con los ejércitos aliados, hasta permitió la elección en regla de un nuevo patriarca. De hecho asumió el cargo Sergio, metropolitano de Leningrado, pero murió bien pronto en mayo del año siguiente.

Desde este momento empieza de nuevo a delimitarse en el horizonte de Rusia la línea de conducta de la renacida Iglesia contra la autoridad del Primado de Roma. El mismo Sergio tituló así un escrito suyo en el Boletín del patriarcado (esta es la fuente principal de donde entresacamos los datos que en adelante referiremos), en febrero de 1944: "¿Tiene Cristo un Vicario en su Iglesia?" Desenvolviendo sus ideas responde que no, porque la acción de Cristo es inmediata con cada uno de los fieles, sin intermediario alguno de la jerarquía, ni de cualquiera cátedra apostólica, ni ciudad o templo determinado. Pero en el mismo escrito se contradice estampando las siguientes palabras: "No sería imposible con todo, ni contrario al desenvolvimiento histórico de la jerarquía ortodoxa, que un día la Iglesia terrestre universal se hallase bajo la dirección de una sola cabeza o guía: no, claro es, en calidad de Vicario de Cristo, sino de presidente, supongamos del Concilio ecuménico; ni sería imposible tampoco que tal función tocara al obispo de la que fuera entonces la capital del mundo". Es decir, que rebullían en su mente antiguas ideas de grandeza de Moscú, la tercera Roma. Porque no cabe duda que esa capital entrevista en sueños es la del pueblo ruso, y no precisamente el de los Zares religiosos, sino el de la Confederación de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El gran obstáculo de la actualidad

Que todo ello sea un formidable obstáculo para la unión con Roma de las Iglesias Orientales, lo demuestra palmariamente por una parte el poder creciente del bolchevismo, sobre todo después de la victoria, que se desborda día por día en continuos y calumniosos ataques al Vaticano, y por otra la servil sujeción del actual patriarcado ruso al gobierno soviético. Añádase que precisamente por esto el poder de atracción que el patriarcado ejerce sobre las otras Iglesias Ortodoxas es irresistible. Los hechos nos lo enseñan.

Del 31 de enero al 2 de febrero del año pasado, 1945, se celebró en Moscú un solemnisimo Sínodo, oficialmente particular o regional, pero que en boca del patriarca Alejo, elegido entonces, se pudo llamar Concilio ecuménico "de toda la Santa, Católica, Apostólica Iglesia Ortodoxa". (Sentimos ya con esto las auras de absorbente grandeza que dirigen el rumbo del reciente patriarcado hacia un incierto porvenir). De hecho estaban representadas en el Sínodo, con la Iglesia rusa, otras siete Iglesias orientales cismáticas: Alejandría, Antioquía, Georgia (las tres en la persona misma de sus patriarcas), y Constantinopla, Jerusalén, Serbia y Rumanía por medio de sus legados. En el Pontifical de la entronización del nuevo patriarca Alejo, el 4 de febrero, concelebraron 16 obispos de las ocho Iglesias representadas en el Sínodo.

Mucho se ha hablado con esta ocasión de la unidad, libertad y caridad cristiana de toda la Iglesia Ortodoxa, reunida en Moscú. Mas de unidad no era el caso de hablar, puesto que por lo menos faltaban la representación de las Iglesias rusas de París y de Karlovtsi y la de la Iglesia autocéfala búlgara. Tampoco se puede decir que hubiera unidad religiosa y dogmática, toda vez que no se discutieron puntos doctrinales en el Sínodo, siendo no pocos los que diferencian a aquellas ocho Iglesias disidentes. En una cosa

en cambio estaban acordes, en dirigir sus esfuerzos y plegarias por un fin puramente militar y político. Alejo mismo nos lo declara en la alocución que pronunció el 4 de febrero en la Misa solemne. Refiriéndose al manifiesto del Concilio, dirigido "a los pueblos de todo el mundo", habló así: "Ese documento pregona la unanimidad plena del mundo pravoslavo contra el fascismo, pulverizado hoy por la heroica Armada Roja y por la de nuestros Aliados. Mientras el Vaticano intenta tomar bajo su protección a los criminales secuaces de Hitler, la Iglesia Ortodoxa, toda ella, envía su bendición a los grandes Jefes de la humanidad progresista".

Y ¿la libertad? Mal parada parece que sale, si atendemos a los datos siguientes. El Concilio de febrero de 1945, en el escrito enderezado al gobierno soviético promete especiales preces por "el dilecto Stalin", a quien manifiesta toda su simpatía y reconocimiento. Lo mismo había hecho un año antes, en enero de 1944, el metropolitano Nikolaj, cuando exaltaba en el Boletín del patriarcado la figura de Stalin, "el Jefe dilectísimo de nuestro pueblo, puesto por Dios para servir a la patria en la hora de la prueba"; en el cual "los fieles rusos ven al padre de la nación, concedido por Dios, y por cuya ayuda dirigen al cielo fervientes oraciones". "En la persona de Stalin —proseguía— todo el pueblo ruso ve al más grande de los hombres, pues él encarna lo mejor y más ilustre que constituye la santa espiritual herencia del pueblo ruso".

Era bien claro que la acción del Concilio se ejercía bajo la presión del poder dominante del Estado, del cual los nuevos dignatarios de la Iglesia rusa eran (y son) meras figuras decorativas. El que propiamente, como entre bastidores, dirigía las decisiones de la Asamblea de Moscú era Jorge Grigoriewitch Karpov, Comisario del pueblo en los asuntos religiosos de la Iglesia Ortodoxa. Estuvo presente al Sinodo y, hablando en él (ya el primer día) a los dirigentes de la Iglesia rusa, alabó la actividad de la misma y su generosidad en contribuir a los gastos de guerra aun con las alhajas de los templos; veía con profunda simpatía las medidas que tomaba la Iglesia para luchar de consuno con el poder soviético, contra el enemigo; atribuía gran mérito a la revolución socialista de octubre, porque ella rompió las cadenas que restringían la acción interna de la Iglesia y procuró la libertad de conciencia; las relaciones justas del patriarcado con el soviético —aseguraba— contribuían ciertamente a la consolidación de la Iglesia en su estructura misma. Y terminaba así: "En adelante el gobierno soviético se encargará de alejar todo obstáculo, por parte de los mismos ciudadanos soviéticos, que pudieran turbar el ejercicio de la libertad de conciencia, protegida por la Constitución". Se refiere, como lo dijo expresamente Karpov, al artículo 124 de la llamada "Constitución de Stalin" sobre la libertad del culto religioso, cuyas cláusulas bien concebidas y hábilmente redactadas, pero en resumidas cuentas enormemente opresoras de la religión, encadenan al despotismo absoluto de un Estado ateo la existencia jurídica y la actuación de toda la Iglesia; pero que, en boca de Karpov, "deberán en adelante constituir la norma basililar que regule las relaciones recíprocas entre el Estado y la Iglesia rusa".

Conclusión

Está, pues, el reciente patriarcado moscovita en manos del mayor enemigo actual de la Iglesia Católica. Bajo la protección e influjo del soviético la actividad de los dos patriarcas Sergio y Alejo en menos de tres años ha sido grandísima. Viajes de propaganda por el próximo Oriente; supresión del cisma búlgaro con la vencida resistencia del patriarca de aquella nación; reconciliación con los ortodoxos emigrados de París y Karlovtsi, a pesar de las divergencias doctrinales; amigables relaciones con la Iglesia anglicana; finalmente (y este es el punto más doloroso) la Iglesia cismática rusa con el apoyo y la fuerza del Gobierno soviético ha intentado, y en parte conseguido, según parece, inducir a la apostasía en masa gran parte de la Iglesia Rutena de la Ucrania unida con Roma. Es moralmente imposible que aquellos buenos campesinos puedan resistir a la larga, ya por la falta de sacerdotes, encarcelados o del todo suprimidos, ya porque se ven forzados a emigrar a las regiones de la Unión Soviética. Parece que ya unos 50.000 ucranios han sido trasladados a Rusia, y que la misma suerte ha tocado a muchos católicos orientales de la Bucovina y de la Besarabia.

¿Quién no ve en todo esto el abismo insondable, que ensancha sus bordes, separando más y más la Iglesia Oriental de la verdadera Iglesia de Cristo? Y si la deseada unión se ha de hacer a base de mutua comprensión y caridad cristiana, ¿cómo no oír con estupor algunas expresiones que en el último Sinodo de Moscú resonaron, con las cuales se excluye del amor y plegarias de los fieles ortodoxos rusos a los pueblos vencidos en la guerra, tan criminales, según el metropolitano de Tambov, que ni del mismo Cristo son dignos de merecer una mirada de indulgente misericordia?

Y, sin embargo, estamos ciertos que la fe y la caridad de la Iglesia santa recabará del cielo el milagro de la conversión a la Cátedra de Pedro y a la unidad católica de la Iglesia rusa, y con ella la vuelta a Roma de las restantes Iglesias disidentes. Este milagro está prometido por la misma Madre de Dios en sus misericordiosas manifestaciones de Fátima, y Ella en persona parece que ha querido ir por delante a roturar el campo, cuando ha permitido que la joya del museo de Dresde, el inspiradísimo lienzo de Rafael con la Virgen de San Sixto, pasase a difundir los destellos de su espiritualidad en medio de un pueblo tan alejado oficialmente de Dios. Nosotros los españoles, al levantar los ojos suplicantes a esta Madre bendita, nos acordamos también con emoción que una de las más bellas Inmaculadas de Murillo adorna las salas del Ermitaño de San Petersburgo. Desde allí la Virgen sin mancha requiere nuestras plegarias por esa nación, que parece poseer la clave del porvenir de la Humanidad en una era nueva. Mirando, pues, hacia María, dirigimos al Corazón de su divino Hijo la súplica incesante:

SPASITEL MIRA SPASI ROSSIYU; ¡SALVADOR DEL MUNDO, SALVAD A RUSIA!

Roma, mayo 1946. Pontificio Instituto Oriental.

Manuel Candal, S. J.

Del «Pontificio Instituto Oriental de Roma»

BENEDICTO XIV. - «Nos deseamos... que todos sean... católicos y no latinos.»

Actuación en España a favor de la Iglesia Oriental

España, hija fidelísima de la Iglesia Católica, ha sentido siempre la tragedia de nuestros Hermanos Separados del Oriente Cristiano, vibrando en ansias de correr en su ayuda cada vez que los Romanos Pontífices en sus múltiples llamadas al Occidente Católico requerían su colaboración.

A partir de la guerra europea, la colaboración española al problema de la Unión de las Iglesias intensificóse notablemente. Cristalizó de manera concreta en la aportación de un cuerpo de Misionólogos y Misioneros orientalistas. Muchos señores Obispos enviaron alumnos aventajados al Instituto Oriental, para que, cursando allí un trienio de Ciencias orientales, propulsaran más tarde en la Patria el ambiente misionero oriental. Diferentes Ordenes Religiosas tuvieron un puesto destacado en la preparación científica orientalista de sus miembros (1).

La Compañía de Jesús, a la que la Santa Sede confiara la dirección del Pontificio Instituto Oriental y del Seminario Clerical Ruso, cuenta un nutrido grupo de españoles especializados en los problemas del Oriente Cristiano. Figuras como la del P. Gordillo, P. Ortiz de Urbina, P. Candal, P. Cándido Mazón (actualmente Provincial de la Compañía en Aragón y Cataluña), P. Lator, P. Pujol, etc. Profesores todos ellos del Instituto Oriental; PP. Ariztia, Echarri, Orduna y el que suscribe, pasados por voluntad del Papa al rito oriental para colaborar apostólicamente en pleno territorio disidente..., hacen tal vez de la Compañía española el portaestandarte del orientalismo en nuestra nación.

Este es un cuerpo de vanguardia. Pero ante las apremiantes llamadas de los Romanos Pontífices a la tarea orientalista, y siguiendo el ejemplo de otros países europeos, se imponía crear una retaguardia misionera de tipo orientalista en España. Vicisitudes de la guerra actual me trajeron a España, donde de acuerdo con las directivas de Roma y la conveniente aprobación de los Superiores españoles, tracé las líneas generales de una campaña orientalista, que llevase a todos los rincones de España la inquietud y el interés por la Iglesia Oriental. Así nació el "Centro Oriental", con sede en Granada.

Inauguré aquí una modesta Capilla de rito bizantino-eslavo y organicé un Coro oriental con los Estudiantes Teólogos de la Compañía. Granada fué desde entonces la primera en sus ardores orientalistas. La primera en la solemnidad con que celebraba el Octavario por la Unión de las Iglesias y el Día del Oriente Cristiano. La primera también en lo concurrido y frecuente de sus Misas en rito oriental, sus conferencias litúrgicas orientales y su entusiasmo y celo por cuanto tendiese a formar la conciencia orientalista entre los españoles.

El ambiente altamente simpático en favor del Oriente despertado en Granada, nos alentó a extender rápidamente la campaña a otras regiones de España. Sistemáticamente empezamos a recorrer España, para dar a conocer la Liturgia del Oriente Cristiano, e inocular así mediante charlas y conferencias explicativas el cono-

cimiento, el amor, el interés por los problemas de Oriente.

La obra orientalista de Granada cuenta con un lustro de existencia. Lo que fué un sencillo Centro de propaganda en muy restringidas proporciones se ha transformado hoy en toda una OBRA MISIONAL DEL ORIENTE CRISTIANO (OMDOC), y extiende ya su propaganda a las naciones hermanas de Portugal y América latina, creciendo en frutos sazonados y en flores de risueñas esperanzas. Para abarcar de conjunto los progresos en la OMDOC y apreciar debidamente el ambiente orientalista creado en España, creo oportuno dar una sucinta idea de las secciones que actualmente comprende.

1.^a *Sección Litúrgica.* Organiza conferencias por toda España, ilustrándolas con la celebración de la Misa de San Juan Crisóstomo. Verdaderos cursillos de Liturgia Católica, que además de exhibir las bellezas litúrgicas del Oriente Cristiano, han facilitado una mejor comprensión de la Liturgia latina. Escenario de estas Liturgias son las mismas Iglesias, convenientemente adaptadas; pero hay que destacar la existencia de una Capilla de puras esencias bizantinas, construida por el entusiasmo oriental de una dama salmantina, doña Inés Luna, en su dehesa del Cuartón. Con ella hay ya dos en España. Y se proyectan, para fecha tal vez no lejana, otras con miras al cultivo espiritual de nuestros Hermanos los Orientales separados que en número bastante crecido residen en España.

2.^a *Sección iconográfica.* Es como un museo, aún en formación, de todos los aspectos culturales del Oriente Cristiano, más particularmente de las artes pictóricas y de la música. La OMDOC posee iconos, álbumes, discos con textos de arte en diversos idiomas, y mediante la ulterior prestación iconográfica de los voluntarios de la División Azul, organiza exposiciones y conferencias, que divulguen este aspecto tan interesante de la cultura oriental. Este Museo iconográfico espera enriquecerse aún más con los donativos de Iconos y discos, que las personas interesadas en este problema ofrecen para completarlo.

3.^a *Sección de piedad.* A ella pertenece la celebración del Octavario de la Unión de las Iglesias; gracias a los constantes esfuerzos de esta sección, se celebra hoy el Octavario en todos los Seminarios de España, en muchísimos Colegios y entidades religiosas, como también en numerosas Parroquias; y a juzgar por el creciente interés que la OMDOC adquiere en España, fundadamente esperamos su extensión a todas las fuerzas vitales de nuestra Patria.

La piedad del pueblo cristiano quiere algo más que una fecha al año. Así ha nacido, casi espontáneamente en terreno cada vez más abonado, la Cruzada de oraciones por la unión de las Iglesias. Agrupa ya muchos miles de españoles, que oran por la Iglesia Oriental. En estos momentos reorganizamos esta sección, para comunicarle un contenido más amplio y fundarla sobre bases más sólidas, que garanticen su penetración y su permanencia. Incluso queremos canalizar la oración y sacrificio de "almas víctimas" que se inmolan por la Unión de las Iglesias, encuadrándolas en una especie de "Monasterio invisible". La Cruzada cuenta ya con Indulgencias de 15 Obispos.

(1) Plasmación de este espíritu orientalista español fué la señora bilbaina doña Victorina Larrinaga, quien con la fundación de becas orientales y su espléndido donativo para la Biblioteca Oriental de Roma dió un gran empuje a la actuación de España a favor de la Iglesia Oriental.

Proyectamos, además, ya que nuestras ambiciones en este terreno oracional son muy vastas, la fundación de Asociaciones misionales de sabor orientalista, que sin excluir el apostolado, encierren en su programa la oración por la Unión de las Iglesias cristianas.

4.^a *Sección propagandística.* Esta es, sin duda, la más activa. La OMDOC tiene ya su órgano oficial, desde el año 1944, la revista ORIENTE, cuyo anhelo de superación es evidente. Empezó con cuatro páginas, como un modesto boletín, que duplicó al comenzar su segundo año de existencia, y ha triplicado en la actualidad. Ascende a 3.000 el número de suscriptores. Como intercambio y juntamente índice de la benevolencia con que ha sido recibida esta publicación orientalista, recibimos unas 150 revistas, entre españolas, portuguesas, francesas, indias, inglesas y americanas.

La publicación de hojas volantes ha superado el millón de ejemplares. La edición de libros y folletos se acerca a los 50.000 ejemplares; proyectamos constantemente nuevas ediciones de hojas y folletos, y actualmente preparamos un Enquiritidión de Encíclicas y Documentos Pontificios de carácter misionero oriental.

En el marco de la propaganda encuadramos las efemérides orientalistas: Día del Oriente y Octavario de la Unión. La OMDOC ha editado música, poesías, coros hablados, discursos, etc., para facilitar la celebración del Día del Oriente Cristiano.

Para realizar esta ingente labor de propaganda, nos servimos además de unos 20 Centros delegados, que la OMDOC ha creado en diversos puntos de España. Algunos Prelados españoles han nombrado Directores Diocesanos para la Obra de las Misiones orientales, otros han aprobado el que los organismos diocesanos de Misiones amplíen su actividad a Oriente; otros han visto con agrado el que la Acción Católica, Congregaciones Marianas y Colegios de Religiosos promuevan en unión con la OMDOC el conocimiento de las Misiones Orientales. En la nación hermana de Portugal funcionan en dependencia nuestros dos Centros delegados, a cuya cabeza se halla un Prelado portugués, que es a su vez Director Nacional de la Unión Misional del Clero. Pronto llevaremos hasta América la creación de estas sucursales de propaganda, que colaboren con nosotros en la intensificación de la propaganda.

5.^a *Sección científica.* Con su biblioteca "Raimundo Lulio" de adaptación misionera. El concurso de la sección cultural del Ministerio de Asuntos Exteriores y el pequeño óbolo de nuestros amigos y bienhechores, han hecho posible la reciente inauguración de una Biblioteca Misionera Orientalista, que con la fe y el amor que nos anima, llegará a ser una de las más originales en el campo misional español. Se nutre actualmente de libro misional en lengua española, francesa y rusa, y ya estamos haciendo gestiones para adquirir los de lengua alemana, italiana, polaca, checa, etc.

Esta biblioteca, con sus diferentes secciones de Teología, Patrística, Arte, Liturgia, Unionismo, Literatura, etc., todo ello moviéndose en la órbita de la Misionología, particularmente oriental: brindará a los españoles instrumentos de trabajo para conocer cualquiera de las modalidades de la compleja vida de los países cristianos del Oriente.

6.^a *Sección de apostolado.* Fomenta vocaciones misioneras y las encauza al trabajo entre los disidentes orientales, preparando así misioneros españoles o en España, que sean aptos para este género de misiones. España aspira a ocupar un puesto eminente en la falange de misioneros, que reconquisten para la Iglesia Católica las regiones doblemente tiranizadas por el cisma y el soviet. Esta misma sección trabaja por localizar los disidentes domiciliados en España, organizarlos religiosamente y atraerlos a la Iglesia Católica. Sólo en Madrid, según estadísticas recientes, existen unos 300 adeptos de la Iglesia Oriental separada. Los ya católicos suman una cifra consoladora.

7.^a *Sección financiera.* También la OMDOC se preocupa de la limosna. Con ella se cubren los indispensables gastos de propaganda. En nuestro fichero de bienhechores figuran ya un considerable número de españoles que con su pequeña aportación mueven esta máquina propagandística del Oriente. Al frente de todos ellos, destacándose como el ciprés entre los pequeños arbustos, se halla el Caudillo de España, Francisco Franco, quien con la amplísima visión que le caracteriza en todos los problemas, ha fundado una Beca para dotar a un misionero español de rito oriental o un misionero oriental formado en España. El ejemplo de nuestro Caudillo cundirá en España, y podremos tener Becas para atender las vocaciones apostólicas orientales. Queremos que España aporte a la reconstrucción católica del mundo, no sólo su concepción social cristiana, sino su sangre y más aún, lo que es menos, su dinero.

Tal es a grandes rasgos la actuación en España de la Obra Misional del Oriente Cristiano. El ambiente suscitado por doquier, merced a la constante campaña de difusión orientalista, es tan enorme, que bien se puede afirmar que hoy es conocido en España el problema del Oriente Cristiano; que no era conocido hace cinco años sino de contadísimos españoles. Y con el conocimiento brota la inquietud acuciante por informarse en todo lo relativo a la Iglesia Oriental.

Haga Dios que lo que fué minúsculo grano de mostaza, y hoy crece rico en ambiciones apostólicas, llegue a ser el gigantesco árbol del orientalismo español, a cuya sombra se cobijen todos los españoles y hermanos de América y Portugal, conscientes ya de sus sagrados deberes para con los hermanos cristianos de la porción oriental de la Iglesia.

Santiago Morillo N.

Director de la Obra Misional del Oriente Cristiano

PIO IX. - «Sabed que permanecerán íntegras e intactas vuestras veneranda Liturgias orientales.»

La Iglesia Ortodoxa

instrumento del Soviet

«La Iglesia proclama abiertamente que el poder de los Soviets es un poder establecido por Dios.»

NICOLÁS

Metropolitano de Kiev y Galich.

Bajo el régimen zarista, no había en Rusia libertad de conciencia, ni libertad religiosa. La Iglesia Ortodoxa formaba parte de la maquinaria gubernamental. El jefe de la Iglesia era el Zar. Los obispos y los sacerdotes vivían a expensas del fisco y cumplían funciones estatales. Sin un certificado de la Iglesia nadie era admitido en la escuela o en el trabajo. En el Código de Leyes de la época zarista se decía: "La religión principal y dominante en el Imperio ruso es la cristiana ortodoxa, ecuménica de rito oriental."

La Revolución Roja de 1917, que dió al traste con la autoridad zarista, arrasó con cuanto significaba religión. El 23 de enero de 1918 el Gobierno soviético promulgó el Decreto separando la Iglesia y el Estado (...)

A partir de entonces, la política seguida por los Soviets en materia religiosa se caracterizó por una feroz persecución contra los religiosos de las diferentes creencias...

Una de las muchas víctimas de esta política antirreligiosa de los bolcheviques, fué el Metropolitano Sergio (Iván Nicolavich Staragodski), quien sustituyó al patriarca interino Pedro en la dirección de la Iglesia ortodoxa rusa y el que fué sepultado en las mazmorras de la Tcheka, para no salir hasta muchos años después, poco antes de la invasión nazifascista de Rusia.

A partir de entonces, el Gobierno soviético asumió el control de la educación del pueblo e inculcó a éste el odio más profundo contra la religión. Bajo la inspiración del Estado eran organizados actos públicos, desfiles, procesiones grotescas, conferencias, etc., en los que se denigraba la religión y se hacía mofa y escarnio de las cosas divinas. Una corriente enorme de publicaciones ateas era subvencionada por el Gobierno soviético.

La Constitución rusa de 1924 recogió en su artículo 135 la misma línea de conducta antirreligiosa mantenida en el Decreto que fuera dictado el 23 de enero de 1917, por el Soviet de diputados obreros y campesinos.

Este estado de cosas continuó poco más o menos hasta el año 1936. Durante la celebración del VIII Congreso Extraordinario de los Soviets que tuvo lugar en Moscú el 25 de noviembre de dicho año, el secretario general del Partido Comunista, José Stalin, en medio de la sorpresa de todos los delegados allí reunidos solicitó y obtuvo la aprobación unánime de una enmienda a la Constitución que significaba el establecimiento de la libertad religiosa.

Este inusitado viraje del Gobierno ruso, al ser divulgado por la prensa, causó enorme sensación en todo el Mundo, particularmente en los medios religiosos.

¿Había fracasado el Gobierno soviético en su empeño de desterrar en absoluto la religión del alma del pueblo, o por el contrario, tratábase sólo de una maniobra encaminada a apaciguar a los católicos enemigos de Rusia? ¿Exis-

tía de hecho la libertad religiosa en la U. R. S. S., o lejos de esto, la situación de la Iglesia continuaba siendo la misma de antes?

La figura del patriarca Sergio, convertido ahora en Metropolitano de Moscú y Kolomna, apareció, a partir de entonces, en la prensa mundial y en los boletines de información soviéticos...

Poco después comenzaron a conocerse también las graves divergencias suscitadas en el seno de la Iglesia Ortodoxa rusa por los que no veían en la actitud de los patriarcas Sergio, Nicolás, Alexei, etc., más que la completa sumisión de la religión a un Poder cuyas manos tantos males les habían causado.

Se supo asimismo que algunos altos dignatarios de la Iglesia Ortodoxa rusa, lejos de seguir la política de los patriarcas mencionados, se convirtieron en colaboracionistas del invasor. El obispo de Vladimir Volinia, Policarpo Sikorsky, pronuncióse contra el llamamiento del patriarca, erigiéndose en jefe de la Iglesia autocéfala de la Ucrania. En septiembre de 1942 celebróse en Riga un congreso de obispos ortodoxos de los Países Bálticos bajo la presidencia del Metropolitano de Lituania, Sergio Voskrenenski, jerarca de Estonia y Letonia, en el que se acordó romper con los jefes de Moscú pasándose a Hitler.

El conocimiento de todos estos hechos y el espectacular viaje a Rusia del sacerdote católico norteamericano Orlemanski, quien a su regreso hizo unas sensacionales declaraciones favorables a Rusia que le valieron un castigo impuesto por las autoridades eclesiásticas, originaron un sinnúmero de encontradas opiniones sobre la situación religiosa en los Soviets.

Mi viaje a Rusia como agregado de Prensa a la Legación cubana, dábame ocasión de poder comprobar lo que hubiera de verdad en tan apasionante cuestión. Desde mi llegada a la Unión Soviética había sufrido bastantes decepciones: muchas de las cosas sobre las que tanto había leído por espacio de años y sobre las que yo mismo había escrito centenares de artículos, no se ajustaban en la realidad a lo que de ellas se había creído.

...Compré varios folletos de reciente publicación y en los cuales la Iglesia Ortodoxa trataba de esclarecer su línea de conducta, explicando los motivos de su recién adhesión al Estado rojo, al que tantas persecuciones debía.

Uno de estos folletos titulado "La Religión y la Iglesia en la U. R. S. S.", llevaba precisamente el pie de imprenta: había sido editado en los talleres de la propaganda oficial. Haciendo hincapié en las atrocidades cometidas por los ejércitos de Hitler a su paso a través de los pueblos e iglesias del territorio invadido, su autor, F. Fedorov, consumía veintiocho páginas para tratar de justificar la colaboración de los ortodoxos con los Soviets.

Pertencen a este folleto los siguientes párrafos: "El Partido Bolchevique como dirigente de la clase obrera y del movimiento revolucionario en Rusia, con la mayor consecuencia y audacia se levantó contra el salvaje régimen zarista y las persecuciones religiosas, luchando por implan-

tar en el país las libertades democráticas y la libertad de conciencia.

En otro folleto denominado "La Iglesia Ortodoxa rusa y la Guerra Patria", escrito por el propio Nicolás, Metropolitano de Kiev y Galich, se dicen cosas tan pintorescas como éstas: "...Y cuando el pueblo ruso eligió entre su seno un poder propio, popular, el Poder de los Soviets, la Iglesia proclamó abiertamente que no podría dejar de reconocer en conciencia que "el poder de los Soviets era un poder verdaderamente popular".

Al correr del tiempo y a medida que me iba familiarizando con algunas cosas de Rusia, pude ir comprendiendo este enigma y logré adquirir valiosa información sobre la situación religiosa.

De labios de varios amigos diplomáticos y particulares, pude escuchar opiniones de mucho interés. Uno de ellos, me afirmó en cierta ocasión "que el fracaso antirreligioso de los comunistas era completo y que en veinticinco años de Poder, el Gobierno no había logrado extirpar del alma rusa el profundo espíritu religioso, particularmente en el campo, donde de generación en generación se transmitía la tradición religiosa."

En cuanto al Patriarca Sergio, extranjeros y rusos coincidían en que, después de su liberación tras largo encierro en las cárceles del Estado, carecía de voluntad propia y había dejado de pensar por sí mismo.

En una palabra, el Gobierno soviético, que había visto durante los primeros meses de guerra el fracaso de defender la U. R. S. S. con sólo los miembros del Partido Comunista (unos tres millones), había arrojado a un lado las consignas bolcheviques mantenidas por más de veinte años y, de igual manera que había extraído de las polvorientas páginas de la Historia las proezas de héroes pasados como Nevski, Ushakov, Suvorov, etc., hombres sepultados en el olvido desde la conquista del Poder, había también desenterrado la Iglesia Ortodoxa y sacado del fondo de su encierro a sus ya bien adiestrados jefes, para convertir en "Guerra Patria" lo que había comenzado con una simple "invasión imperialista de los nazifascistas, del país del socialismo". Así fué transformando hábilmente en pocos meses en triunfo absoluto, lo que presagiaba ser una aplastante derrota.

El pueblo ruso, con este nuevo cambio de frente oficial, sintió renacer su ardiente nacionalismo y luchó con el denuedo y heroísmo que hemos presenciado desde octubre de 1941, fecha en que quedaron suprimidas definitivamente las palabras "camarada", "comunista", etc., para emplear en su lugar las de "ciudadano", "patriota", "hombre ruso" y otras más en uso actual.

Todos estos pormenores me impulsaron a visitar algunas iglesias de Moscú, que habían sido abiertas al público. En la primera que entré, un viejo templo semi en ruinas detrás de la céntrica calle Gorki, pude encontrar en la puerta (como en las demás iglesias que visité) un numeroso grupo de mendigos esperando pacientemente la caridad de los fieles. La iglesia, situada en una pequeña plazuela, frente a unos concurridos baños públicos, ofrecía un aspecto desolado a causa del abandono y de la falta de restauración en que se encontraba. Como único distintivo religioso ostentaba en la puerta un viejo icono, descolorido por el tiempo y la exposición a la intemperie.

En su interior encontrábase apenas una docena de personas, en su mayoría ancianas, que se volvieron recelosas a contemplarme temiendo ver en el intruso algún rasgo característico de la M. K. V. D., la poderosa policía secreta, tan temida y odiada por todos. Una vez desechado este temor, los fieles volvieron de nuevo a sus rezos sin prestar la menor atención a mi presencia.

Sólo una anciana de edad indeterminable por su vestidura a base de harapos, aproximóse a mí sin huella algu-



Nicolás, Metropolitano de Kiev y Galich

na del temor que predomina en los rusos a tratarse con extranjeros. Trataba de venderme o cambiarme por mantequilla o azúcar, un bello icono de la Virgen de Kazan, el cual llevaba en las manos envuelto en unos viejos trapos.

Es esta una de las ventajas principales que brinda a los rusos la apertura de sus templos: la facilidad de poder vender al extranjero cuadros religiosos e iconos a cambio de pan, mantequilla y azúcar, productos de un valor incalculable y cuyo coste en el Mercado Negro resulta sencillamente fabuloso.

...Mi buen amigo L. C., diplomático de un país vecino nuestro, y el que estaba al tanto de mis pesquisas informativas, brindóme la gran oportunidad de poder entrevistar a un religioso, considerado una autoridad en la materia...

Detrás de una de las más tristemente famosas prisiones moscovitas, se encontraba su templo, el único en su especie en una ciudad como Moscú de más de 4 millones de habitantes. Para entrar en la iglesia había que pasar forzosamente por delante de un cuartelillo de "milicionarias" (mujeres policías), las que se quedaron mirándonos hasta que desaparecimos en el atrio.

Pasamos recado de nuestra presencia al sacerdote, y mientras esperábamos nos entretuvimos recorriendo el interior de la iglesia, tan exacto al exterior por la pobreza y ruinas en que se encontraba. Notábase a simple vista, sin embargo, un cuidado esmerado y una limpieza extraordinaria que hacían resaltar más y más la antigüedad de los muros, los altares y de los bancos, lustrosos por el tiempo y el uso.

Después de una corta espera fuimos recibidos por el religioso, que solícitamente nos rogó pasásemos a la sacristía donde podríamos hablar con mayor libertad.

Llevaba este religioso once años desempeñando su profesión en la capital soviética y había sido testigo en este largo tiempo de muchos y muy interesantes episodios. La reforma constitucional que autorizaba la libertad de cultos, era, según él, "para consumo del mundo exterior". "Una maniobra —siguióme diciendo— que tendía a engañar al extranjero una vez más, haciéndole creer en una libertad religiosa que no existía por ninguna parte".

Traté de llevar la conversación hacia un terreno que estimé más interesante, y a dicho efecto pregunté a mi informante cómo eran posibles sus palabras, teniendo en cuenta la declaración formulada por el padre Orlemanski a su regreso de Rusia.

“El padre Orlemanski —me contestó mi interrogado, que no ocultó su desagrado al oírme pronunciar tal nombre— vino a Rusia sin autorización especial y apenas se dignó visitarme, habiéndolo hecho muy apresuradamente el día anterior a su regreso a los Estados Unidos”.

“Siento mucho no poderle decir la conversación que sostuvimos en esta misma sacristía —siguióme diciendo el sacerdote—. Sólo puedo decirle, que, pese a la reforma constitucional pregonada por el Estado y en contra de las propias declaraciones de mi colega Orlemanski, subsiste en Rusia la misma feroz represión de antes. Jóvenes y viejos apenas se atreven a concurrir a los oficios religiosos, particularmente los primeros, pues saben que corren un serio peligro por mantener viva la llama de la fe religiosa”.

“¿Y la situación en el interior del país? —pregunté—. ¿Hay muchas iglesias católicas abiertas?”.

“Muy pocas —me contestó—. En total apenas cinco: una en Ucrania, otra en Odesa, otra más en Bielorusia y dos más al interior”.

“No existen relaciones de ningún género entre la Iglesia Ortodoxa y la Católica. Después de su restauración, la Ortodoxa se halla por completo en manos de las autoridades soviéticas que la regentan espiritualmente y materialmente como un nuevo Poder. Todo Moscou y toda Rusia saben que la Iglesia Ortodoxa está entregada en cuerpo y alma al régimen comunista”.

Al escuchar tan terminantes declaraciones de labios de una autoridad religiosa como mi visitado, no pude por menos que expresar mi admiración por la valentía y seguridad con que habíame expuesto un criterio tan veraz. Así, hube de preguntarle al marchar, si algún día podría publicar cuanto de sus labios había oído aquel día.

“Todo cuanto he dicho a Vd. y mucho más que no puedo decirle ahora por temor a la falta de seguridad del sitio en que nos encontramos”.

“¿Cree Vd. que puedan estar escuchándonos por medio de algún micrófono?” —volví a preguntar—.

“En Moscou —contestóme mi interlocutor— los micrófonos están distribuidos por todas partes. En las casas particulares, en las Legaciones o en las alcobas de los hoteles y donde quiera que el Estado sospeche exista alguna persona capaz de expresarse en su contra”.

Este particular pude comprobarlo apenas dos meses después, cuando descubrí un micrófono en el dormitorio de mi apartamento, el número 219 del Hotel Nacional.

...Poco tiempo después, en enero de 1945, llevóse a cabo en la catedral de Moscou (después de un congreso ortodoxo), la coronación del patriarca Alexis, metropolitano de Leningrado, como nuevo patriarca de Moscú, en sustitución del anciano Sergio, quien apenas sobrevivió cuatro años, después de su liberación.

Una grave enfermedad de la vista impidióme asistir a esta coronación que resultó grandemente fastuosa como toda ceremonia de rito oriental. Por algunos compañeros que asistieron, supe que la misma había durado más de seis horas, oficiando los patriarcas presentes con un lujo y un derroche tal de riquezas como no se había visto antes desde la desaparición del Zar...

Pocos días antes de mi partida de la capital roja, hallábame en mi habitación conversando con un buen amigo, vocero oficial del Gobierno ruso, y al que debía muy interesantes revelaciones, cuando se me ocurrió preguntarle qué opinaba respecto a la noticia aparecida días antes en el boletín informativo de la Embajada Americana en Moscú, y en el que se indicaba la posibilidad de la firma de un Concordato entre la Santa Sede y los Soviets.

“Si a Rusia le interesa, en apoyo de su posición internacional un concordato con la Iglesia Romana, el Gobierno no titubeará en llegar a este acuerdo”.

Rafael Miralles.

Ex agregado de Prensa a la Legación de Cuba en la U. R. S. S.

(De “Diario de la Marina”, 20-XII-1945, La Habana.)

PIO X. - «Damos facultad a todos, latinos y orientales, para recibir el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, aun por simple devoción, en pan ázimo o fermentado.»

BENEDICTO XV. - «Todos, sean griegos, latinos y eslavos o de otra cualquier nacionalidad, ocupan el mismo puesto ante la Sede Apostólica.»

PIO XI. - «Las Iglesias de Oriente tienen una santidad tan verdadera, que merecen no sólo nuestro respeto, sino también nuestra simpatía.»

PIO XII. - «Roma ha alimentado siempre sentimientos de afecto maternal hacia los ritos orientales.»

La gloriosa espada de San Ignacio de Loyola

ofrecida a Nuestra Señora de Montserrat

a 25 de marzo de 1522

I (1)

La Espada gloriosa de San Ignacio de Loyola, la misma que él ofrendó a Nuestra Señora de Montserrat, la noche precedente al 25 de marzo de 1522, cuando, trocados los arreos militares por el sayal de peregrino y veladas las nuevas armas de Jesucristo, se disponía a cumplir su firme propósito: *La ida a Jerusalén, con tantas penitencias y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso encendido de Dios suele desear hacer*: hállase hoy día expuesta a la pública veneración en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús (Barcelona-Caspe); desde que la Muy Ilre. Junta de Obra de la iglesia de Nuestra Señora de Belén, a insinuación del Dr. D. Ramón Garriga y Molins su digno Cura Párroco y con la bendición del Prelado diocesano, Emmo. señor Cardenal Casañas, hizo espontánea donación a 25 de marzo de 1907 a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús.

Es una espada de lazo de fines del siglo XV, o comienzos del XVI, salida de las forjas toledanas, muy parecida a la que ostenta Gonzalo de Córdoba, según el retrato de Giorgión de Caltelfranco, copiado en la obra de Cardenera (lámina 37-2), o como la de Antonio de Leiva, cual aparece en la: *“Entrada del Emperador Carlos V y el Papa Clemente VII en Bolonia”* que grabó Juan de Hogenberg en 1529; en cuyo grabado aparecen las huestes alemanas con espada de cruz, como las francesas; y las españolas, como las italianas, con espada de lazo, de reciente creación, de más fácil manejo y de efectos mucho más ventajosos; cualidades que, sin duda, facilitaron la victoria en Milán, en Nápoles y en toda la región de Italia. Podríamos hoy describirla como D. Antonio Bofarull en 1876, cuando en su *“Historia civil y eclesiástica”* decía: *La célebre espada queda reducida a su hierro, magnífica y larga hoja, destituida de su gabilán; sin quedarle en el hierro de la empuñadura más que un informe pedazo de madera (acaso el alma de aquélla, probablemente cubierta antes de hilos o planchas de metal) que no ha desaparecido por conservarse intacto el remate del puño, consistente en una bola de acero* (tomo. VII, pág. 125, nota). A uno y otro lado del recazo está grabada una Y, para significar Yñigo repetido, o Iñigo Yañez, las iniciales del propietario; descubiertas por el Excelentísimo señor Conservador de la Armería Nacional de Madrid, D. José Florit en 1907.

Su historia

La historia de la espada de San Ignacio abarca tres grandes períodos: 1.º, desde que fué puesta en manos de la Virgen hasta que fué traída a Barcelona, en asomando la guerra de Cataluña (1522-1640); 2.º, desde la traslación de los monjes castellanos de Montserrat a Madrid, hasta la expulsión de los jesuitas por Carlos III y 3.º, desde esta fecha hasta nuestros días.

PRIMER PERÍODO.—Providencia de Dios fué sin duda, que el Santo Caballero de Loyola, hecha la confesión general, concertase con el confesor: *que mandase recoger la mula*—dice su autobiografía (n. 17)— *y que la espada y el puñal colgase en la iglesia, en el altar de nuestra Se-*

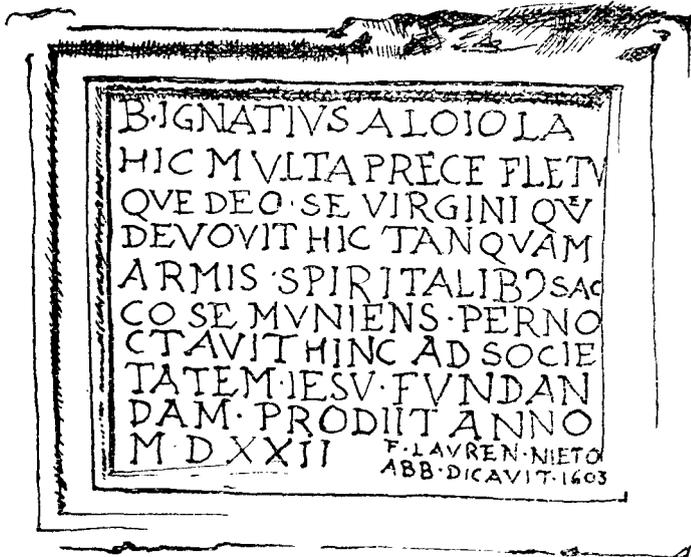
ñora: y esto con tanto sigilo que dicho confesor: *fué el primer hombre a quien descubrió su determinación*: a saber, la ida a Jerusalén, con tantas penitencias y abstinencias dichas anteriormente. Mientras vivieron los abades castellanos de la talla de un Burgos y un Cisneros, floreció la observancia monacal y la paz y quietud del monasterio, garantida en parte por las frecuentes visitas de Carlos I; pero durante el reinado de Felipe II entró en Montserrat el oleaje de la discordia; y con el flujo y reflujo de catalanes y castellanos se perdió la paz y la hacienda del Monasterio. Suerte que la capilla románica se conservó intacta con la imagen de la Virgen y las armas de Loyola, como la roca vivan en medio de las olas del mar alborotado: quiero decir, que la piedad popular mantúvose al margen de las contienda interiores.

TESTIMONIO DE LA DUQUESA DE GANDÍA.—Gracias, pues, a la Providencia, cuando Felipe III, recién casado con Margarita de Austria, visitó Montserrat (1599) para trasladar la imagen venerada de la pequeña Capilla Románica al nuevo y suntuoso templo, fueron las armas de San Ignacio descolgadas del muro de la capilla y puestas a la vista de la Reina y de la Duquesa de Gandía, D.ª Juana de Velasco y de Aragón, esposa del VI Duque de Gandía don Francisco de Borja y de Centellas, que acompañaba a SS. MM. en calidad de Camarera Mayor de la Reina. Esta, llamada por el P. Ribadeneira a Madrid para testificar en el Proceso de Beatificación de Ignacio, expresóse de esta manera: *“Yo Juana de Velasco, Duquesa de Gandía, de 52 años de edad, jurada y examinada en Madrid a 25 de octubre de 1606, digo ser hija del Condestable de Castilla, D. Yñigo de Velasco y de D.ª Ana de Aragón, y que he confesado y comulgado.”* (M. I. s. IV, T. II, pág. 803). Y añade: *Quando regina domina nostra fuit in Monteserrato, testis illum vidit*: la testigo, acompañando a la Reina, vió en Montserrat la espada del Santo: y concluye: porque es de saber, que la espada que ofrendó a la Virgen es la que el Padre dejó en Montserrat, al ofrecerse del todo al servicio de Dios nuestro Señor y trató de abandonar el mundo: *Ensis, quem reliquit Pater in Monteserrato, quando reddidit Deo arma, et deliveravit relinquere mundum est appensus in corpore ecclesiae*, (M. I. s. IV, T. II, pág. 385).

LÁPIDA CONMEMORATIVA. — En su Historia manuscrita de la Provincia de Aragón S. I. (Archivo de la Prov.ª Sarrriá) refiere el P. Gabriel Alvarez la visita que hizo él mismo al Convento de Montserrat, el año 1604, en busca de datos para la historia, que llevaba entre manos. Por una parte tenía carta del P. Pedro Gil S. I., que estuvo en 1595 dos días en Montserrat, como procurador del Proceso preliminar de las virtudes heroicas de San Ignacio, en que le decía: *que nada se sabía de la Espada*; y por otra, la Duquesa de Gandía le daba testimonio irrecusable de haberla ella visto con sus propios ojos: *Quando Regina domina nostra fuit in Monteserrato, testis illum vidit*. ¿Qué había sucedido? Sencillamente: los monjes al trasladar la imagen de la Virgen al nuevo y suntuoso templo, recogieron las armas de

(1) La extensión de este artículo y la escasez de espacio material disponible nos obligan a dividirlo para su publicación en dos partes, la segunda de las cuales aparecerá en el número próximo.

San Ignacio y las guardaron en los armarios interiores del Monasterio: y colocaron en lugar de ella una lápida que dice:



Solemne testimonio del P. Alvarez

El P. Gabriel Alvarez, encargado por el M. R. P. Aquaviva, General de la Compañía de Jesús, de escribir la historia de la Provincia de Aragón S. J.; para tratar de la Espada de San Ignacio subió de Barcelona a Montserrat, pensando que si los monjes al descolgarla se la mostraran, al tiempo que colmara su devoción, podría dedicar en la historia de nuestra provincia páginas enteras que dieran a conocer la piedad del Santo hacia la Reina de Cataluña; pero no contaba con la pena que sentiría de no poderla ver y tomarla en sus manos para venerarla como esperaba. El mismo nos cuenta cómo fueron frustradas sus esperanzas: *Los religiosos de aquella Santa Casa (de Montserrat), al cabo de años que estuvo fundada la Compañía descolgaron la espada y daga de aquel lugar... Verdad sea que pasaron un poco más adelante de lo que los hijos del Beato Padre quisieran; porque teniendo aquellas armas en lo que era razón, como reliquias de un tan gran siervo de Dios y tan benemérito de toda su Iglesia, las pusieron a tan buen recaudo, que temiendo que los de la Compañía no se las pudiesen apleito LAS ESCONDIERON, de suerte que aunque se han hecho grandes diligencias, ni han sido parte para descubrirlas. Grande piedad y religión la de aquellos Religiosos Padres, pero nosotros nos consoláramos de verlas en aquel tan venerable lugar, o de venerarlas en nuestro poder.* (Hist. Mans. de la Provincia de Aragón, L. I, c. II).

La beatificación

En tanto los Monjes de Montserrat cuidaron de guardar las armas del Caballero de Loyola, puestas en manos de la Virgen (1522), con más veneración y reserva; en cuanto por los diversos procesos informativos de la santidad del Padre Ignacio en 1595, 1602 y 1606 iban adquiriendo dichas armas mayor estima, como reliquias de tan gran Santo. Cuando, por fin, el Papa Paulo V, con el Breve de Beatificación de 3 de diciembre de 1606, consumó la obra de los dos predecesores Clemente VIII y León XI, poniendo en el altar a nuestro Beato P. Ignacio, no es de extrañar que con grandes fiestas y publicaciones impresas se celebraran los hechos y las memorias de San Ignacio, principalmente las de Montserrat, Manresa y Barcelona. Si los demagogos del siglo de las luces no hubiesen incendiado tantas bibliotecas y archivos ¿cuántos testimonios podríamos aducir de la existencia de las armas ora en Montserrat, ora en poder de los jesuitas de Nuestra Señora de Belén, hasta el destierro de la Com-

pañía por Carlos III? Al testimonio elocuente del P. Gabriel Alvarez, aducido antes, podemos añadir los siguientes:

El P. Andrés Lucas editó, en 1633, la Vida de San Ignacio, y en el libro I, capítulo I dice: *Hizo Ignacio que se colgase la espada, que según se dice, guardan como preciosa reliquia los Religiosos de aquel Monasterio, como trofeo en la verdadera torre de David.* J. D. Alfonso de Salazar había escrito en 1610, la relación de las fiestas de la Beatificación, siendo gentilhombre de Maximiliano de Austria y Arzobispo de Santiago: *Estaba pintado el Santo en hábito de soldado, hincado de rodillas delante del altar de nuestra Señora de Montserrat ofreciéndole la espada y daga, armas de la milicia temporal, que hoy están coigadas en su santo templo* (Colegio de Salamanca, pág. IX de la Relación de las fiestas de la Beatificación).

La guerra de los catalanes

Vino la nefasta guerra de los catalanes (1640), en la que fueron arrojados de Barcelona y de Montserrat 40 religiosos benedictinos castellanos con el Abad Espinosa y conducidos a Madrid bajo la custodia de los Consellers, que comisionaron para ello el Abad Gispert del convento de San Pedro de Galligans de Gerona. Entonces fueron traídas todas las alhajas de valor a Barcelona, para ser custodiadas por el gobierno de Cataluña, después de hecho inventario (publicado por el Dr. Collell), entre las cuales vinieron las armas del Caballero de Loyola, porque tanto la empuñadura como las guardas de la espada, y el brocal y la contera de la vaina eran de plata y de algún valor. Ignoramos la causa de haber separado de dichas armas tales piezas de valor: lo que podemos decir es que no fueron arrancadas simplemente, sino desmontadas con cuidado y quitadas con tal arte, que ni en la empuñadura de la espada, ni en el bordado de la vaina se nota el menor desperfecto, como lo puede ver cualquiera.

Una prueba evidente de haber venido las armas de San Ignacio en poder de los Consellers de Barcelona, nos la ofrece el prólogo del *Sabio Instruido*, donde el autor P. Francisco Garau, Rector del Colegio de Belén (Barcelona) en la dedicatoria (3.ª parte) dice lo siguiente: *“Ni la Compañía, mi gran Madre, dejará de reconocer jamás a Monserrat y Manresa la primera formación de la capacísima mente y corazón del Patriarca, San Ignacio, ni de sus primeros escritos; como ni a vuestra Excelencia los principios de la latinidad... Donde llega el Sol con sus luces, resuena triunfante el Nombre de Jesús en los ecos y voces de su Compañía... Ni tiene que resentirse Manresa, pues si tuvo la gloria de que en ella mostrara Dios al Santo la idea de la Compañía, que animada de su espíritu había de batallar hasta vencer o morir por la exaltación de Jesús: Barcelona fué la escogida para que en ella se armase con las armas de la ciencia. Sin letras, la Compañía ya lo fuera de soldados, pero sin armas: de espíritu y ardimiento, pero sin puños”.*

Notemos cómo termina el testimonio del R. P. Francisco Garau: *“Y quizás por esto quiso Dios que la Espada de San Ignacio, viniese a parar en Barcelona; para armar el Santo con la suya de acero a quien con la de las letras le armó; insinuando que, no habiéndola ya de empuñar Ignacio, al brazo y valor de V. Excia. se había de consignar, para que la jugara con dignidad. Y yo me prometo que habrá el Santo vinculado al valor de V. Excia. en su Espada, tan eternos triunfos como son la espada de las letras, que Vuestra Excia. le dió, ha logrado, por la asistencia del cielo, su Compañía por todo el mundo victorias”.*

¿Canje o donación mutua?

Preguntará alguno ¿y cómo pasaron las armas de San Ignacio de manos de los Consellers a la Compañía de Jesús? Si atendemos al testimonio de los Bohandos exclusiva-

mente, habremos de decir que por donación mútua; y si al común decir de la tradición, por un canje de Reliquias; pues mediante la intervención de D.^a Gertrudis Camporrells, hija única y heredera universal del Marqués de Tamarit, al tiempo que los Monjes de Monserrat recibían parte del cráneo de Santa Gertrudis la Magna, los Padres del Colegio de Belén (Barcelona) venían en posesión de las armas de San Ignacio. Que los jesuitas de Belén en 1674 poseían la espada, la daga y el talabarte de San Ignacio es cierto: pues el P. Ignacio Cant, de la provincia Flando-Bélgica, habiendo venido a España con objeto de visitar las memorias ignacianas, estuvo en Montserrat, Manresa y Barcelona, y en carta de 11 de agosto de 1674 escribe a su Provincial P. Lorenzo Van Schaone, S. J., las impresiones recibidas. Nada dice de las armas de San Ignacio en Montserrat, más en llegando a Barcelona, escribe estas palabras: "He visto con mis propios ojos, y tenido en mis manos la Espada que el Santo, al principio de su conversión, colgó junto al altar de nuestra Señora de Montserrat. Los Nuestros (del Colegio de Belén) no ha mucho la adquirieron de regalo, y la guardan en la sacristía como el mejor de sus tesoros".

"No ha mucho —dice— "la adquieren de regalo": y co-

mo dos años antes, en 1672, se celebraron suntuosamente por espacio de ocho días las fiestas de la Canonización de San Francisco de Borja, Virrey que había sido en Barcelona, en cuyo día primero y principal oficiaron los Monjes de Montserrat, con asistencia del Virrey y de los Consellers de la ciudad, y predicó el P. M. Fr. Domingo Gutiérrez, predicador real en el Monasterio de Montserrat: juzgamos que la donación puede fijarse, por tal motivo, en tal solemnidad. Mas como la reliquia de Santa Gertrudis no llegó a manos de los Monjes sino diez años más tarde, en que el P. Antonio Font, S. J., obtuvo licencia del M. R. P. General de la Compañía para sacar del cráneo de Santa Gertrudis dos huesos grandes y entregarlos a los Monjes de Montserrat por medio de D.^a Gertrudis Camporrells; resulta, por este motivo, que pudo llamarse comunmente *canje*, lo que el Padre Cant llama donación en su carta mencionada. Confirma lo dicho el *Libro de los Bienhechores de Monserrat*, que dice: "1685, junio. En este mismo mes y año envió desde Madrid el P. Fr. José Sellarés, siendo procurador desta en la Corte, un corazón de cristal guarnecido de oro con reliquia de Santa Gertrudis, la cual le dió la señora Gertrudis Camporrells" (*Revista Monserratina*, abril, 1907).

Juan Creixell, S. J.

OBRAS RECIBIDAS EN LA REDACCIÓN ⁽¹⁾

MANUEL DE BOFARULL Y ROMAÑA. — *Las antiguas Cortes. El moderno Parlamento. El régimen representativo orgánico*. Alcalá de Henares, 1945.

VALENTÍN SÁNCHEZ RUIZ, S. J. — *Nuevo salterio latino-español*. Apostolado de la Prensa, S. A., Madrid, 1946.

SAN AGUSTÍN. — *Dios es amor*. (Los diez sermones sobre la epístola 1.^a de San Juan). Introducción y versión española por el P. Daniel Ruiz Bueno, C. M. F. Edit. Aspas, Madrid, 1946.

D. A. LORD, S. J. — *Frente a la rebelión de los jóvenes*. S. E. Atenas, S. A., Madrid, 1946.

DR. ANDRÉS CAIMARI. — *Himnario litúrgico*, tomo I. Imprenta "Mossén Alcover". Palma de Mallorca, 1944.

C. C. MARTINDALE, S. J. — *El mundo herido*. S. E. Atenas, S. A., Madrid, 1945.

MADELEINE DEBREL. — *La mujer y la casa*. Edit. Atlántida, S. A., Barcelona, 1944.

SAN JUAN CRISÓSTOMO. — *Las XXI Homilias de las Estantas* (vol. II). Edit. Aspas, S. A., Madrid, 1946.

LECTURAS CATÓLICAS. — (Escuelas gráficas del Colegio Pío IX. Buenos Aires). — *El hombre de bien*, 1946. — *Cuentos de Navidad*, 1946. — *En la selva de Java*, por Hugo Mioni, 1945. — *Pitúsin detective*, 1945. — *Gotas de miel*, por Aralia, 1943. — *La fe ante la ciencia moderna*, por Monseñor de Segur, 1945. — *Señalanzas de jóvenes*, por José Fuchs, S. S. 1945. — *María en las bodas de Caná*, por Miguel A. Vergara, 1945. — *Huella luminosa*, por Oneas Isla, S. S., 1945.

MANUELA GALLARDO Y GÓMEZ. — *Muchachas en flor*. S. E. Atenas, S. A., Madrid, 1946.

P. RICARDO GRAU. — *Señor, enséñanos a orar*. S. E. Atenas, S. A., Madrid, 1946. — *Fe y vida*, S. E. Atenas, S. A., Madrid, 1946.

CARMEN SAN SEBASTIÁN. — *Antes de casarte...* Ediciones Studium de Cultura, Madrid, 1946.

MAXIMILIANO ARBOLEYA. — *Técnica del Apostolado Popular* (Ante la apostasía de las masas). E. Subirana, S. A. Barcelona, 1946.

MONSEÑOR PROHASZKA. — *Sobloquia*. Tomo I. Ediciones Studium de Cultura, Madrid, 1946.

(1) En esta sección se anunciarán las obras que recibimos, sin comprometernos no obstante a publicar, por falta de espacio, crítica bibliográfica alguna, a no ser en los casos en que la obra se adapte de modo especial a la índole de nuestra Revista.

Fomento Social

REVISTA TRIMESTRAL DE SOCIOLOGIA Y MORAL ECONOMICA

Director:

R. P. Joaquín Azpiazu, S. I.

Hermosilla, 14

MADRID

Semanario

MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Número suelto 1 peseta

Precios de suscripción:

Anual . . . 45.— pesetas

Semestral. . 22.50 „

Trimestral . 11.25 „

Extranjero: 70, 35 y 17.50 Ptas.

Cruz, 1 - MADRID

Revista de Menorca

PUBLICACION DEL ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO



Redacción y Administración:

Plaza José Antonio, 7

M A H O N

**Cuevas de
Artá**



MALLORCA

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas
Cuevas de Artá**
